

menoscabados por las fuerzas francesas ni por las de ninguna otra nación extranjera. Hoy, pues, que aquellos intereses peligran con motivo de la intervención francesa en los asuntos políticos de la República, esta Corporación no duda levantar, como lo ha hecho siempre, su humilde voz para protestar á la faz de todo el mundo civilizado, contra la notoria injusticia de los atentados que tienden á privarla de sus derechos imprescriptibles.....Dios Nuestro Señor guarde á Ud. muchos años.—Sala Capitulár de esta Iglesia Catedral, Guadalajara, Mayo 13 de 1862.—Juan N. Camacho.—J. M. Refugio Gordoá.—José Luis Verdía.

Al C. Lic. Jesús Camarena, Presidente del Supremo Tribunal de Justicia del Estado.—Presente.”

Los derechos de México en la prolongada guerra de la Intervención y el Imperio —tal como se afirma en la viril protesta— fueron tan justos, tan indiscutiblemente elevados, que hoy día, á pesar de las nostálgicas remembranzas de imperialistas y afrancesados, estamos palpando sus trascendentes efectos y cosechando sus frutos opimos, frutos acumulados en haces de paz, civilización, solidaridad y progreso.

El Guerrillero Honorato Domínguez.

(14 de Junio de 1862.)

El mismo día de la acción del Borrego en que una porción considerable del Ejército de Oriente era sorprendida y batida por el ejército invasor, otro hecho de armas, de menos proporciones pero de gran significación para la causa de la República, tenía lugar en cierto punto del camino de Veracruz.

El protagonista de este episodio, digno de los gloriosos hijos de Esparta, fué el guerrillero Honorato Domínguez, quien por su temeraria osadía y espléndido triunfo se hizo merecedor de felicitaciones efusivas del presidente Don Benito Juárez.

Era Domínguez un hombre de regular estatura, fornido, de mirada aquilina, de resoluciones intrépidas y de un valor que rayaba en lo maravilloso.

Al romperse las hostilidades en la primavera de 1862 el primer pensamiento de Domínguez fué, siguiendo el ejemplo de innumerables patriotas, poner su brazo y

sus escasos recursos á disposición de la defensa nacional, y al efecto, obtuvo la necesaria autorización del gobierno para levantar una guerrilla.

Siendo conocedor del terreno y de la gente, se dió sin pérdida de tiempo á recorrer pueblos y rancherías en demanda de hombres y armas, caminando con tan buena fortuna que á los pocos días tenía á sus órdenes cerca de ochenta hombres decididos, regularmente armados, y algunos de ellos montados en magníficos rocines.

Domínguez, además de su popularidad en el terruño como ranchero decididor y galante, era generalmente estimado por su hombradía y por su carácter noble, algunas veces un tanto mal humorado, pero siempre leal.

A estas cualidades debió, como era de esperarse, que sus amigos y conocidos se agruparan en torno de él; casi tenían la seguridad de que guiados por jefe tan sagaz serían capaces de llevar á cabo una buena empresa.

Por convenir así á sus intereses, la guerrilla había acordado con su jefe que no se alejaría de cierto radio de acción, permaneciendo en acecho de oportunidades para quebrantar al enemigo y quitarle algunos de los muchos recursos que con fre-

cuencia hacía conducir desde el puerto de Veracruz.



Era la mañana del 14 de Junio de 1862, una verdadera mañana de primavera—alegrada deliciosamente con el canto de las parleras aves que volaban de rama en rama—fresca por la menuda lluvia. del día anterior, con un sol espléndido cuyos rayos tropicales réverberaban en las charcas y bañaban de lleno el majestuoso panorama.

Domínguez y su gente almorzaban tranquilamente en el recodo de una barranca; sentados unos y recostados otros sobre la alcatifa de abundante césped, bajo las corpulentas copas de los añosos árboles.

Oyóse de pronto el sordo y compasado rumor de una cabalgadura que se acercaba al galope. Sin inquietarse en lo más mínimo, porque sin duda esperaban á alguien, los guerrilleros permanecieron á la expectativa. Tan pronto como distinguieron en el ribazo al jinete, una sola exclamación brotó de varios labios: ¡qué tall!... ¡jél es!

Domínguez incorporándose y sacudiendo con ambas manos sus pantalones de gamuza, se dirigió al jinete, que había acortado el paso de su cabalgadura, y le pre-

guntó en voz alta: ¿qué hay, Luciano? ¿qué novedades nos traes?

—Jefe, buenoj díaj; no tiene ujté maj novedá que loj francese se acercan con un convoy.

—De veras, hombre! ¿y viene mucha gente?

—Si, jefe, vienen como trescientoj hombrej, el convoy lo forman como cien carroj y muchas, mulaj.

—Pero te has desengañado bien ó nos vienes á salir con una sofloma?

—No, jefe, qué soflama; si me he ejcondido bien en un matorral y he vijto todo. Por delante viene un pelotón de caballería como de cincuenta hombrej. Lueguito que pasaron todoj monté en mí “conejo” y me lancé á todo correr por la vereda de la “cañaá.” Vienen algo dejpacio y les he adelantao maj de una legua.

—Bueno, vamos á ver que sucede. ¡Muchachos, hoy es nuestro día! ¡Van á ver los *gabachos* lo que son los hombres! Ustedes, cinchen sus jamelgos.....y ustedes, alisten las armas.....pero prontito, ¿eh?

Aquella tropa improvisada se puso en movimiento y quince minutos después es-

taba lista para recibir órdenes. Entre tanto que se hacían los marciales aprestos, el famoso guerrillero seguía platicando con Luciano, necesitaba, sin duda, informarse bien de todos los pormenores, y luego, sin más averiguaciones, distribuyó á su gente.

—Tú, Luciano, te vas con diez hombres por todo el camino y cargas sobre la avanzada con valor. ¡Cuidado con correr; los hombres no corren.....ya veremos cómo te portas!

—Tú, compadre Pedro, toma la mitad de la gente y te emboscas en aquellos breñales de la derecha; ya sabes, ¡duro y pa-rejo! Yo me voy con el resto por este lado, y señaló con la mano la parte medio-boscosa de la izquierda.

Todos obedecieron en el acto, con paso presuroso y una alegría que rayaba en delirio. Ya era tiempo de tomar posiciones; el sordo rodar de los carros del convoy comenzaba á distinguirse á no muy larga distancia.

Eran las diez de la mañana cuando apareció la descubierta del enemigo; toda la fuerza que custodiaba el convoy se componía de 200 hombres, además de los conductores de carros y algunos arrieros.

—¡A elloj! gritó Luciano á sus diez hom-

bres, empuñando en la diestra su magnífico machete.

—¡A ellos! ¡Viva México! repitieron todos, y se lanzaron como una bandada de fieras al encuentro de los franceses.

La sorpresa fué completa, pues el invasor creía despejado el camino y estaba muy lejos de imaginarse aquella aventura.

Mientras Luciano se batía con denuedo, una descarga cerrada salía de los matorrales de la derecha y luego otra por la izquierda, algunos franceses rodaron por el suelo y los demás hacían esfuerzos inauditos por defenderse. Las mulas de los carros se encabritaron y contribuyeron eficazmente á aumentar el desorden. Los carreros y arrieros aprovecharon el momento supremo de la confusión para escabullirse bonitamente. La tropa que caminaba más atrás se parapetó tras los carros y hacía un fuego nutrido, aunque poco certero.

El terrible Honorato que acechaba como tigre desde la maleza, apareció seguido de un pelotón de sus costeros; iba montado en un soberbio retinto que tascaba el freno con furia y escarceaba fogosamente,

enardecido, sin duda, por las repetidas detonaciones de las armas de fuego. El héroe estaba soberbio, transfigurado bizarramente como un Tamerlán, ¡qué bien le sentaba su sombrero jarano echado hacia atrás y sostenido con el barboquejo de cinta negra!

—¡Adentro, muchachos, no tengan miedo! ¡el miedo se hizo para las monjas y los coyones! ¡fuego sobre los *gabachos*! gritaba como un condenado del Dante. Y las detonaciones y los sablazos se sucedían con una violencia indescriptible, pavorosa y siniestra.

La acometida fué tan violenta, tan ruda y tan hábilmente ejecutada, que los franceses vacilaron y emprendieron la retirada, no sin el firme propósito de reorganizarse un poco más atrás del camino que habían recorrido.

El guerrillero no perdió tiempo; comprendió, como hombre de extraordinaria sagacidad, que los instantes eran preciosos y que preciso era sacar el mejor partido de las circunstancias. Así que al ver la vacilación del enemigo, ordenó que algunos hombres siguieran haciendo fuego entre tanto que otros cortaban con sus machetes los arneses y ponían en salvo la mulada. Cosa de una veintena de guerri-

llos se ocupó violentamente en quemar el parque y en apropiarse algunas armas y municiones, algunas sólo, ya que estaban imposibilitados de llevarse aquella inmensa cantidad de provisiones.

Quedaron tendidos en el campo 25 cadáveres de la tropa francesa y un herido, habiendo caído, además, cuatro prisioneros.

¡Y cosa maravillosa, la guerrilla de Domínguez no había tenido en la desesperada refriega ni un muerto, ni un herido siquiera. El grupo de valientes se alejó alborasado, algunos riendo de buena gana por la feliz aventura, conduciendo como trofeo de guerra una magnífica mulada y algunas armas.

Los franceses que habían recibido considerables refuerzos se aproximaron al lugar del combate en donde sólo encontraron montones de despojos que seguían ardiendo y sus 25 muertos que se apresuraron á sepultar en el próximo barranco.

Esta fué la acción memorable que ha pasado á las hojas de nuestra historia patria como un timbre de gloria, con todos los fulgores de una epopeya inmortal, porque

fué ejecutada sin más estrategia y sin más disciplina militar, que las que pudieron dar á nuestros heroicos soldados el valor, la serenidad, la astucia y el profundo amor á la patria.

Cuando el gran Presidente Don Benito se enteró del fausto suceso, por conducto del Ministro de la Guerra, mandó sus entusiastas felicitaciones al jefe Domínguez y á todo el personal de la guerrilla, por su valiente comportamiento y por su inquebrantable adhesión á la santa causa de la República.

Los soldados del invasor se sintieron tan humillados y á la vez tan medrosos por éste y otros varios reveses, que tomaron la providencia de aumentar en lo sucesivo sus refuerzos, para poder conducir con relativa seguridad sus provisiones de boca y guerra.

Honorato fué un tipo simpático del tiempo de la Intervención Francesa; por su bravura se hizo merecedor del respeto y la estimación de sus conterráneos, del aprecio de nuestros caudillos, y fué por algunos años el terror de los *gabachos*, como él llamaba á los inocentes enviados de Napoleón III.

Y ya que no tiene un monumento que perpetúe su nombre y hable á sus pósteros

de sus brillantes hazañas, debemos, los que hemos recogido la valiosa cosecha de la libertad, consagrarle un sentimiento de gratitud en nuestros corazones de patriotas.



LA MUERTE DE ZARAGOZA.

(8 de Septiembre de 1862)

Una carretela tirada por seis acémilas y resguardada por un piquete de caballería á las órdenes de un Comandante, pasaba rápidamente por la garita de Amozoc, situada al oriente de la ciudad de Puebla.

Entre la garita y la ciudad, desde donde se distinguen á la perfección las sinuosidades del cerro de Guadalupe y la llanura de la hacienda de Rentería, una persona joven aún, completamente rasurada, portando fieltro gris y espejuelos con varillas de oro, asomaba el rostro por la portezuela derecha, sin duda para contemplar á su sabor aquel panorama de gratísimos recuerdos.

De pronto, lanzando un suspiro, dijo con voz apacible: "Aquí fué el gran día de la Patria."

Quien pronunciaba tan hermosa frase era el invicto General Ignacio Zaragoza.

El héroe del 5 de Mayo pasaba otra vez por aquel sitio el 4 de Septiembre de 1862, cuatro meses después de la memorable batalla en que veciendo á Laurecez, entraba radioso en el templo de la Fama, cubría de gloria al bisoño Ejército de Oriente y glorificaba á la patria, á esta bendita patria mexicana tan mal comprendida y peor juzgada por sus enemigos del extranjero.

Zaragoza estaba enfermo; hacía tres días que había dejado el campamento á instancias de sus compañeros de armas, para proporcionarse los recursos de la ciencia médica y mejores comodidades en una capital como Puebla.

Unas calenturas perniciosas, atrapadas en la tierra malsana del Estado de Veracruz, se le declararon abiertamente el día 1º del referido mes, y muy á su pesar, tuvo que decir *adios* á sus queridos soldados ¡ay! era el último *adios* á aquellos valientes y heroicos luchadores de la República.

Una vez instalado en una cómoda habitación, el General fué atendido por expertos facultativos, los que parece abrigaban alguna esperanza de salvarle.

El ilustre General dormía; su sueño aparentaba ser tranquilo, nadie sospechaba que había llegado el terrible momento de la crisis. De pronto se agitó en el lecho y apoyándose con los codos quiso incorporarse, abrió desmesuradamente los ojos, paseó la mirada febricitante por el recinto y gritó con voz tonante “¿Qué sucede, muchachos?.....¡El enemigo al frente!..... ¡Son unos cobardes!.....A ver mis botas! ¡mis botas!!.....Mis armas.....¡pronto!.... Mi caballo.....¿está ensillado?..... ¿ Y mi asistente?.....Pablo.....¡Pablo!.....Pero ¿dónde está Pablo?.....¡qué diablo de hombre, ya se pasó á los franceses!.....”

Y el asistente Pablo, pálido, triste, aturcido sin saber que hacer ni que decir, no pudo más, y se echó á llorar como un chiquillo. Era fiel como un perro, (perdónese la tosca comparación,) amaba á su Jefe no como á un amo, sino como á su propio padre, y se sentía desfallecer de pesar al ver á su Jefe que probablemente estaba en artículo de muerte.

Toda la gente se puso en movimiento, algunos oficiales aparentaban obedecer las órdenes y otros tranquilizaban al valiente General, asegurándole que el enemigo se-

ría batido al instante. El médico de cabecera le asistió con esmero y después de media hora de delirio el paciente entró en relativa calma; desgraciadamente ésta no duró sino unas cuantas horas, pues en la noche se repitió el acceso con más intensidad.

—“Oiga usted, Negrete, gritó con terrible agitación, cargue usted con su columna sobre la izquierda y fuerce el paso, es necesario jugar el todo por el todo. Que me llamen á Berriozábal, pero al instante ¡ah!.....que aquí está.....mire usted, General, con cuatro columnas cargue sobre el centro, sin pérdida de tiempo, porque Negrete se arruina. ¡Oh! ¡qué zuavos tan atrevidos!”

Y Zaragoza se removía desesperado en su lecho. El doctor Navarro se acercó pausadamente, le tomó el pulso, le pasó la mano por la frente y después de contemplarle un buen rato se alejó de la cama moviendo tristemente la cabeza. El buen Doctor había perdido la última esperanza.

El vencedor de los franceses seguía delirando, ya combinando ataques ya dictan-

do órdenes; tan pronto se creía derrotado como vencedor. El campo de batalla era su perpetua obsesión.

Uno de los momentos más aflictivos para los circunstantes fué aquel en que el General se creyó desobedecido y traicionado en el fragor del combate.

—“Tráiganme aquí á Carbajal.....¿no oyen?.....nó.....nó.....mejor no lo traigan.....usted Coronel, vaya al instante y fusile á ese cobarde.....me responde con su cabeza.....¿lo oye?” Y se quedó contemplando largo rato con mirada extraviada á un oficial que estaba parado en medio de la estancia.

El día 7 se pasó triste, casi nadie creía en el alivio del esclarecido militar; al pardear la tarde el decaimiento y la gravedad se hicieron más notables en aquella robusta complexión que estaba en momentos de ser vencida. Por la noche el desvarío continuó sin intermitencias.

Causaba verdadera pena contemplar el ardoroso trabajo de aquella inteligencia abrasada por la fiebre.

El General se creía luchando en las inmediaciones de Puebla, otro 5 de Mayo se elaboraba en su cerebro, ¡qué mejores momentos, qué satisfacción más intensa!

—“Ya corren los zuavos, decía con ani-

mación, ya corren. ¡Qué bueno! ¡Así me gusta, muchachos!.....¡adentro!.....¡adentro!.....Usted, Coronel, corra y avise á Carbajal, en Amozoc, que tome prisioneros á todos esos zuavos que se escapan por la falda de la Malinche.....¡Ahora sí!.....¡ahora sí!”

De las varias personas que le acompañaban en la misma casa, unas estaban cariacontecidas, otras platicaban en voz baja lamentando las penas del héroe y otras lloraban en silencio.

En uno de esos momentos de terrible agitación, el General quiso levantarse y pidió con energía sus botas de montar y su caballo. Una persona se acercó á la cabecera y le suplicó que estuviera quieto que no intentara levantarse.

—“¡Cómo! exclamó desfallecido el héroe ¿estoy prisionero?”

—Sí, le contestó su colector casi maquinalmente.

—“¡Vaya!...¡vaya!.....todo se acabó...” Y permaneció sosegado por largo rato.

El día 8 por la mañana, al percibirse á lo lejos el toque de los clarines y el redoble de los tambores, murmuró el moribundo: “Ya vienen á traerme para fusilarme, pero cuidado como fusilan á estos valientes.”

En el reloj de Catedral sonaron las 10 de la mañana, el ilustre General Zaragoza agonizaba, un instante más y se despedía para siempre de la vida. Sus últimas palabras, en los estertores de la muerte, al pasear por el recinto su mirada lúgubre, fueron éstas: “¿Cómo?.....pues qué también tienen prisionero á mi Estado Mayor?..... ¡Pobres muchachos!” Y no pudo decir más.

El hilo del telégrafo, con su acostumbrado y desesperante laconismo, estuvo transmitiendo por todos los Estados de la República en comunicación, este único y tristísimo mensaje: “El ilustre General Zaragoza ha muerto á las 10 y 5 minutos de la mañana. La patria está de duelo.”

Y efectivamente, la patria acababa de perder á uno de sus buenos hijos, al que en momentos supremos,—cuando las miradas de todo el mundo estaban suspensas sobre los acontecimientos de Puebla,—la había reivindicado de los ultrajes y la había hecho respetable á la faz de las naciones civilizadas. La patria, cubierta de fúnebre crespón, lloraba la ausencia de su hijo esclarecido de quien esperaba mucho todavía, pues Zaragoza se despedía de la vida á la temprana edad de 33 años.

¡Oh veleidades de la fortuna! La muerte del héroe debía ser considerada como buen presagio para el invasor, quien desechado é impaciente sólo esperaba los cuantiosos refuerzos que venían en camino para marchar sobre Puebla y tomar el desquite de su pasada derrota.

En Puebla, llamada hasta entonces de los Angeles, había fiesta, la fiesta de la Natividad; pero tan luego como los habitantes tuvieron noticia del fatal acontecimiento, se abstuvieron de toda manifestación de pompa, algunos permanecieron encerrados en sus casas haciendo los comentarios del caso, y otros se encaminaron á visitar los restos del ilustre muerto. Varias damas, vestidas de luto se daban de un balcón á otro la triste noticia y se deshacían en elegios del inmaculado patriota.

Los soldados, sobre todo, se sentían agobiados, el dolor se reflejaba perfectamente en sus semblantes, no había medio de consuelo en aquel trance inesperado y triste. Cuando la tropa situada al frente del enemigo recibió el primer mensaje, se quedó muda, no podía concebir tamaña desgracia, creía más bien que era víctima de

una pesadilla, pero al fin tuvo que rendirse al peso de la despiadada realidad. ¿Quién puede concebir el dolor de aquellos valientes soldados que idolatraban á su jefe? Pasemos sobre esta dolorosa situación para no incurrir en una tosca parodia de la tempestad inmensa que se desencadenaba en los corazones de aquellos soldados intrépidos.

Hay un caso, entre muchos que pudiéramos relatar, tan conmovedor y elocuente, que por sí solo basta para hacernos admirar la fidelidad de la tropa y el amor que profesaba al que supo con mano diestra conducirla á la victoria. Los soldados del batallón de zapadores, víctimas de la penuria, como casi todos los soldados de la República, *vendieron su ración de pan* para poder comprar un poco de crespón negro y aparecer enlutados.

¡Oh santo amor del soldado! ¡Esta manifestación espontánea, acompañada del sacrificio, le honra tanto como su arrojo sobre el enemigo y su serenidad ante la metralla!

La infausta nueva produjo en la capital de la República honda consternación, como era de esperarse; hasta los mismos par-

tidarios de la Intervención se sentían poseídos de cierta melancolía, al fin eran mexicanos, y mexicano muy ilustre era el que acababa de sucumbir. En el Congreso de la Unión se pronunciaron discursos patrióticos y encomiásticos como un tributo de cariño y como expresión ingenua del sentimiento nacional. A la vez se publicó solemnemente el decreto en que se declaró al General Zaragoza Benemérito de la Patria, se le ascendió á General de División se le dió á Puebla el sobrenombre de Zaragoza y se pensionó á su hija con la cantidad de *cien mil* pesos.

¡Justo homenaje inspirado por la gratitud nacional!

Los restos de Zaragoza fueron conducidos á la metrópoli y depositados en el panteón de San Fernando, presidiendo el duelo el Presidente Don Benito Juárez. En acto tan imponente pronunció la oración fúnebre el distinguido patriota don José María Iglesias y recitó unos versos sentimentales el popular vate don Guillermo Prieto.

Hace unos cuanto años, la ciudad de Puebla levantó, al pie de Loreto, una estatua ecuestre al invicto General Zaragoza;

el héroe, con el índice de la mano derecha, está señalando á la generación actual y á la posteridad el sitio memorable donde el humilde ejército mexicano venció á los primeros soldados del mundo y la patria se coronó de laureles inmarcesibles.

No cabe duda, en el calendario civil, Zaragoza es uno de los santos de la República.

